

A dark, segmented caterpillar or larva is positioned diagonally across the frame, set against a solid blue background. The caterpillar's body is segmented and appears to have small, light-colored spots or markings. Its head is at the top right, and its tail is at the bottom left. The overall image has a high-contrast, somewhat grainy quality.

Jeff Noon

Vurt

«Despierto, sabes que los sueños existen. En un sueño, crees que el sueño es la realidad. En un sueño, no tienes conciencia del mundo despierto. Lo mismo ocurre con Vurt. En el mundo real sabemos que Vurt existe. Dentro de Vurt pensamos que Vurt es la realidad. No tenemos conciencia del mundo real».

Es la voz de Gato Cazador.

Fantasía, ciberpunk y las húmedas calles de Manchester se unen para crear el mundo futuro de Vurt. Y en él, una droga orgánica, las plumas Vurt, que impregna toda la vida cotidiana hasta lograr que las fronteras entre la realidad y la realidad virtual sean tan tenues como una pluma que acaricia la garganta.

Blade Runner, *La naranja mecánica* y *Neuromante*, pero también *Alicia en el país de las maravillas* y el lirismo de Coleridge, son algunos de los referentes de esta deslumbrante primera novela de Jeff Noon.

ÍNDICE

Cubierta

Vurt

Primera parte

Día uno

Viajeros furtivos

Gato cazador

Técnicas carnales

Gato cazador

Mierda craneal (algo serio)

Gato cazador

Insomne

Gato cazador

Día dos

Sonrisas peligrosas

Modo Jam

Dentro de la ciudad de cristal

Niebla de hierba

Gato cazador

Del lavado de los rastroides

Los antorcheros

Día tres

Nana azul

Gato cazador

Me hacía sentir bien

Tijeras de serpiente

Gato cazador
Un jardín inglés
Segunda parte
Día veintiuno
Contaminados con el bajo
Día veintidós
Slithy Tove
Duras pérdidas
Gato cazador
Del corte de los rastroides
Mis primeras palabras
Tenia
Tercera parte
Día veintitrés
Emplumado
Gato cazador
Cenizas a las cenizas, pelo al pelo...
Impacto de bala (dolor del)
Un ideal para vivir
Karmacánica
Una habitación en Inglaterra
Gato cazador
Cenizas a las cenizas, plumas al pelo
En colores
Turdsville
Das Uberdog
Fulgor
Muerte por vida
Día veinticuatro

El final del ayuno

Una casa rara

Cuarta parte

Día para siempre

Una vida de sorpresas

La anciana

Sobre el autor

Para Nick, completamente emplumado,
que vive al otro lado del espejo

Un chico se mete una pluma en la boca...

PRIMERA PARTE

DÍA UNO

«A veces daba la impresión de que el mundo entero estuviera engrasado con vaselina Vaz»

VIAJEROS FURTIVOS

Mandy salió de una de esas vuterías abiertas las veinticuatro horas, con una bolsa de la compra en la mano.

Cerca había un perro de verdad, de carne y hueso, de esos que ya no se ven apenas por ahí. Una auténtica pieza de coleccionista. Estaba atado al poste de una señal. El cartel decía PROHIBIDO PASAR. Acurrucado bajo el poste había un robot costoso. Tenía la cabeza llena de trenzas rastroides y una sucia tarjeta escrita a mano: «Hambriento y sin techo, ayúdeme, por favor». Mandy, con pasos bruscos y sacudidas de cabeza, se escabulló dejándolo atrás. El costoso levantó su triste y breve mensaje casi imperceptiblemente y el escuálido perro mascota gimió.

Por la ventanilla de la furgoneta leí los labios de Mandy diciéndoles: «A la mierda, costosos. Buscaos la vida». O algo así.

Yo estaba mirando todo aquello bajo el resplandor de las luces de la noche. Aquellos días resistíamos hasta las horas oscuras. Llevábamos material a bordo y era un delito grave; posesión de drogas vivas, una temporadita dentro, cinco años garantizados.

Estábamos esperando a la chica nueva en la furgoneta. Beetle, el escarabajo, iba delante, con los guantes de cuero de señora muy ajustados a los dedos, untados con vaselina Vaz. Le gustaba sentirse un poco grasiento cuando conducía. Yo iba detrás, sobre la cubierta de la rueda izquierda, y Bridget sobre la otra, durmiendo. De su piel se levantaban finos jirones de humo. La Cosa del espacio exterior yacía entre nosotros, retorcida sobre la alfombra de caucho. Cho-

rreaba aceite y cera por todas partes, formando un charco con sus propios jugos.

Capté un movimiento en el aire, por encima del espacio del aparcamiento.

¡Mierda!

¡Un polisombra! Se proyectaba desde la pared de la vurería, operando con sus mecanismos; haciendo fluctuar luces entre el humo. Y luego un destello anaranjado; un foco de la misma fase relumbraba en los ojos del polisombra. Atrapó a Mandy en el fulgor de su trayectoria, recopilando información. Ella se agachó para esquivar el foco, golpeándose de lleno contra las puertas de la furgó.

El perro aullaba al poli, asustado por las luces.

Yo abrí un poco las puertas, a la medida de una chica delgada. Mandy se deslizó dentro.

El perro fue a por las piernas del poli, dos puntas gemelas que acababan en pura niebla. ¡El animal estaba desconcertado!

Mandy me pasó la bolsa.

—¿Lo has pillado? —le pregunté, arrastrándola dentro.

Un destello color mandarina fulguró fuera, una luz ardiente.

—He encontrado unos tesoros —fue su respuesta, mientras pasaba por encima de la Cosa para entrar en la furgoneta.

—Pero ¿tienes lo bueno?

Mandy se limitó a mirarme.

Algo aullaba allí fuera. Volví la cabeza y vi al pobre perro en llamas, y al polisombra avanzando hacia nosotros y volviendo a cargar. Soltó un foco de luz concentrada e iluminó nuestra placa de matrícula, que era una simple serie de números al azar. *No encontrarás eso en tu banco de datos.*

Las puertas de la vurería se abrieron bruscamente y un tipo joven salió tambaleándose, con aire asustado.

—Es Seb —susurró Mandy.

Dos polis lo siguieron afuera. En versión real. Polis de carne y hueso. Persiguieron a Seb hasta la valla de alambre que punteaba un extremo del aparcamiento de coches. Yo me volví hacia Beetle.

—¡Es un arresto! —grité—. ¡Venga, Bee! ¡Larguémonos de aquí!

Y nos largamos. Primero giramos, para alejarnos de los postes de hierro.

—¡Cuidado! —Esa fue Mandy, supernerviosa, mientras la furgoneta se precipitaba para atrás. Ella se cayó al suelo y aterrizó sobre la Cosa del espacio exterior. Yo estaba colgado de las correas. Brid se vio bruscamente arrancada de su sueño, con las pupilas contraídas por aquel despertar repentino. La Cosa envolvía a Mandy con seis tentáculos y ella gritaba.

La furgoneta saltó sobre la acera. Yo pensé que Beetle intentaba esquivar los focos, y tal vez fuera así, pero nosotros solo oímos aquel desagradable ruido sordo y un aullido cuando la rueda trasera izquierda sacó a aquella pieza de coleccionista de su desgracia.

El costroso lloraba inclinado sobre su perro y apretaba los puños contra el humo del polisombra cuando nosotros atravesamos aquel patio a toda castaña. La furgoneta describió un extraño círculo y yo lo vi todo deslizándose: el polisombra, el costroso, el perro muerto, hasta que Beetle recuperó el control. Mandy luchaba con la Cosa del espacio exterior, insultándola. Por encima del hombro de Beetle, vi acercarse la valla. Seb cayó al otro lado, a la vía del tranvía. Los dos polis de carne y hueso luchaban con la alambrada. Beetle encendió las luces, iluminándolos de pleno. Dirigió la furgo ilegal, la Stashmobile hacia ellos, a tope, gritando:

—¡Aaaaauuu! ¡Mata a los polis! ¡Mata a los polis!

Los polis se cayeron de la valla. Sus caras a la luz de los faros eran algo memorable: polis de carne y hueso, cagados de miedo. Ahora corrían, alejándose de la furgoneta, pero Beetle ganó; dio un volantazo digno de una estrella

de cine, en el último momento, recorriendo todo el aparcamiento con la Stashmobile, hacia la puerta. Los restos de mil viajes chocaban y golpeteaban contra el suelo mientras girábamos perversamente en forma de U hacia Albany Road y luego a la izquierda por Wilbraham Road. Un último atisbo por encima del muro de la vutería y pude ver al polisombra destellando mensajes en el aire. El robot costoso era un montón de plástico y carne fundidos. Una sirena de policía ululaba en la oscuridad.

—¡Están aquí, Bee! —chillé—. ¡Acelera!

Beetle tomó la delantera a toda marcha. ¡Tío, volábamos! ¡Viajeros Furtivos! Llevándonos las plumas de vuelta al apartamento. El impacto aplastó a Mandy aún más adentro del abrazo de la Cosa.

Mandy le gritaba a la Cosa:

—¡Suéltame, joder!

Firmemente agarrado a la correa, solté la bolsa de la compra y, con la mano libre, hundí los dedos en el carnoso vientre de la Cosa, haciéndole cosquillas. Su único punto débil. ¡Cómo le gustaba! Su risa se arrastraba desde lo más hondo, desde miles de kilómetros. Empezó a retorcerse y Mandy consiguió liberarse.

—¡A tomar por culo! —Todavía temblaba por la lucha.

Por las ventanillas de atrás vi centellear las luces de un coche de la poli. La sirena sonaba fuerte, perforadora. Beetle giró por Alexandra Road sin reducir la marcha. Brid iba colgada de las correas, con un sueño desesperado y la piel llena de sombras. La Cosa del espacio exterior pedía a gritos un pico. Mandy se sujetaba con fuerza y yo había vuelto a agarrar la bolsa con mi mano libre. Beetle se sujetaba al volante.

Todo el mundo tiene que agarrarse a algo.

Alexandra Park era una oscura jungla que centelleaba por las ventanillas de la derecha. Estábamos rodeando Bottletown, la ciudad de cristal, y seguro que el parque estaba

lleno de demonios: macarras, putas y traficantes: reales, de Vurt o robots.

—¡El coche de la poli se acerca, Beetle! —grité.

—Agarraos, tíos —contestó, supertranquilo, dando un giro cerrado con la furgoneta, hacia Claremont Road.

—Siguen detrás —le dije, controlando las luces de los polis que nos seguían.

Beetle arrancó todo recto hacia abajo por Princess Road, hacia el laberinto del Rusholme. Los polis nos seguían, pero tenían tres factores en contra: Beetle conocía aquellas calles a la perfección, todas las piezas móviles del motor estaban engrasadas con Vaz y Beetle era un colgado de la velocidad. Nos agarramos fuerte mientras él daba una serie de malignos giros a izquierda y derecha. Era jodido sujetarse, pero no importaba.

—¡Venga, Bee! —gritó Mandy, que adoraba la aventura. Pasamos terrazas de estilo antiguo a ambos lados de la furgoneta. En uno de los muros, alguien había garabateado las palabras «Das Uberdog». Y debajo la frase: «Lo puro es pobre». Ni siquiera yo sabía dónde estábamos. Ese era Beetle. Conocimiento total, alimentado por jamacocos Jam y vaselina Vaz. Ahora nos llevaba por un callejón trasero, rasgando la pintura de los costados de la Stashmobile. Muy bien. La furgoneta puede soportarlo. Una rápida mirada por las ventanillas de atrás; ahí iban los polis, acelerando, hacia la más estúpida y jodida nada. ¡Adiós, mamones! Salimos del callejón, y allí estábamos, en Moss Lane East. Beetle giró otra vez a la derecha, hacia casa.

—Un poco más lento, Bee —le dije.

—¡Putas lentitud! —contestó, abrasando el mundo con sus ruedas.

—Aquí atrás vamos como huevos, Bee —dijo Mandy.

Y el tío redujo un poco. Ya veis; algunas cosas hacían bajar la marcha a Beetle; la posibilidad de una mujer nueva, por ejemplo. Bridget debía de tener la misma sensación; estaba mirando con odio a la chica nueva y el humo le salía

de la piel, mientras se esforzaba por sintonizar con la cabeza de Beetle. Creo que no llegaba demasiado lejos.

Daba igual.

Ahora nos movíamos más relajadamente, así que agarré la bolsa y vacié el contenido en la alfombra de caucho. Cinco plumas Vurt azules salieron flotando. Cogí unas pocas al caer, y leí las etiquetas impresas.

—¡Termopescado! —dije—. Vale.

—¿Cómo iba a saberlo? —dijo Mandy.

Leí otra.

—¡Chupópteros! ¡Mierda! ¿Dónde está?

—La próxima vez, Scribble —dijo Mandy—, vas tú a comprar.

—¿Dónde está el Vudú inglés? Me lo prometiste. Creí que tenías contactos...

—Esto es lo que había.

Leí las otras tres.

—Cagada, cagada, no cagada, pero de todas formas parece un rollo. —Solté las plumas disgustado. Ahora flotaban por el interior de la furgoneta.

Los ojos de Mandy volaban de una pluma a otra mientras hablaba:

—Estas molan.

—¿Y el resto...? —pregunté.

—¿Qué quieres decir?

—Sin bromas. Todo. El Vudú inglés. Sácalo.

Una pluma azul había aterrizado en el estómago de la Cosa del espacio exterior. Uno de sus tentáculos fue a por ella. Sus dedos puntiagudos la agarraron y se abrió un agujero en su carne, un orificio grasiento. Giró la pluma con sus sensores y luego la metió directamente en el agujero. Empezó a cambiar. Yo no estaba seguro de qué pluma había cargado, pero por la forma en que movía sus sensores supuse que nadaba con el Termopescado.

Yo conocía bien aquella onda.